
La mariposa

■ Hernán Quijano

Me levanté. No sabía si todavía estaba despierto o soñando; ¡vaya! Creí ser una mariposa, y a lo mejor lo soy nada más que estoy soñando en que soy un hombre. Ah, hombre triste y absurdo ¿por qué naciste? qué pregunta tan tonta, pero verdadera.

Respóndeme: tú, bella muerte que todos te temen.

– De pronto se abrió una puerta y de ella salió una dulce voz. . .

– Si me quieres tanto, acompáñame, vamos a mi paraíso, a mi hogar, a tu hogar.

– ¿Quién eres?

– No me conoces pero me conocerás.

– ¿Eres tú la muerte?

– Sí; se puede decir. Pero ven, sal que aquí hay muchos de los tuyos.

– Voy, iré contigo.

– Mami, mami, ve lo que te conseguí, ¡qué bella es! ¿verdad?

– Sí, y de éstas ya casi no hay. Gracias, es una reliquia para mi colección.

– Sí, y además habla: dice cosas muy extrañas.

– No seas tonto hijo, las mariposas no hablan.